

**HERNÁNDEZ SANDOICA, Elena**

*Los caminos de la historia. Cuestiones de historiografía y método.*

Madrid, Síntesis, 1995.

En los últimos años estamos asistiendo a una interesante novedad como es la participación de autores españoles en el amplio debate sobre teoría y metodología de la historia, objeto de atención circunscrita durante mucho tiempo a contadas y conocidas figuras de nuestra historiografía. De las obras que se han publicado en lo que va de los noventa destacan entre otras las de Sánchez Jiménez, Aróstegui o Bermejo. Junto a ellas, el libro de Elena Hernández Sandoica constituye una buena muestra de esta nueva participación. Sin ningún género de dudas refleja un buen conocimiento de las distintas aportaciones, muchas veces encontradas, sobre diversos temas objeto de amplia controversia en la actualidad: el carácter problemático del conocimiento histórico como conocimiento científico, los embates que recibe la historiografía desde el campo de la cultura posmodernista, las formas de escritura de la historia, la relación con ciencias sociales afines, particularmente la sociología... La formación filológica de la autora le permite el uso de muchos de los textos originales publicados recientemente más allá de nuestras fronteras sin caer en el peligro derivado de la utilización secundaria y por lo mismo fragmentaria como ocurre en ocasiones.

La autora no se limita a levantar acta de los distintos puntos de vista en los campos de controversia aportando su visión personal, también en cuanto a las perspectivas de la historiografía, que refleja su notable erudición sobre los libros teóricos referidos a la

historiografía y también en campos afines a la misma. La colaboración con las ciencias sociales, particularmente con la sociología, es el camino que muchos autores y algunas escuelas siguen viendo como el más fructífero en el inmediato futuro de la historiografía. En esa línea van las propuestas del recién fallecido Bernard Lepetit o los Cerutti, Gremir, etc., que siguiendo los principios de la sociología de la acción sitúan a la historia bajo la enseña de la pragmática, estableciendo como objeto de la historia las formas de la experiencia. Considera la profesora Hernández Sandoica que de la viva discusión que existe sobre estructuras y acción individual en disciplinas como la sociología surgen caminos que pueden ayudar a la reflexión de los historiadores.

Elena Hernández destaca el interés de las propuestas del sociólogo francés Pierre Bourdieu. Bourdieu es partidario de un modelo de proceder dialéctico en el análisis de la realidad social, considerando de manera unitaria a la estructura y al sujeto en cuanto a actuaciones como determinaciones, pues piensa que objetividad y subjetividad, articuladas entre sí, constituyen una misma y sola realidad. En esa interacción entre estructuras y subjetividad toma sentido su noción de *habitus*, como elemento clave en la organización social, concepto que presenta una gran similitud con el de *rutinización* que ha aportado el estructuracionismo de Anthony Giddens y Christopher Lloyd. Hernández Sandoica insiste asimismo en la posible contribución derivada de la viva discusión existente durante las últimas décadas en el campo de la antropología sobre el estatuto de las ciencias humanas y sociales, primando la importancia dada a la «comprensión» frente

a la «explicación», fruto del relativismo cognitivo en el que se mueve. Del denso y amplio texto de Elena Hernández se deduce que sus inclinaciones personales irían en el camino de una historiografía hemenéutica, donde la «comprensión» figuraría como el horizonte indiscutible de la construcción historiográfica.

La organización interna, que según reconoce la propia autora permitiría la lectura de algunos capítulos en un orden indistinto, no facilita la asimilación del denso contenido de esta obra, especialmente para el público no especialista. El muy amplio aparato crítico constituye a su vez un libro paralelo, muy útil, pero que incrementa algo la laboriosidad de la lectura, máxime con la ubicación de ese aparato al final de cada capítulo. Pero esto no oscurece en forma alguna el rigor y la categoría de este empeño que pone de manifiesto la progresiva participación, aunque todavía escasa, de los profesionales españoles de la historia en un campo como la reflexión teórica sobre su disciplina, ante el que han mostrado desde siempre una extraña alergia a su cultivo.

Juan Andrés Blanco Rodríguez

**DÍAZ BARRADO, Mario P. (Coord).**

*Las edades de la mirada.*

Cáceres, Universidad de Extremadura, 1996.

En el mes de noviembre de 1995 tuvo lugar en Cáceres el Congreso Internacional «Las Edades de la Mirada», organizado por el Instituto de Ciencias de la Educación y el Seminario de Historia del Tiempo Presente de la Universidad de Extremadura. Según nos informa el volumen que recoge las Actas del Congreso, su celebración se inscribe dentro de un proyecto más amplio, y muy ambicioso, que considera que la infinita multiplicación de la información en las sociedades contemporáneas requiere el

desarrollo de nuevas propuestas teóricas y metodológicas, capaces de arrancar a las disciplinas humanísticas de la desorientación con que experimentan este proceso. La propuesta concreta que se encuentra en el libro, 'pasa por abordar los problemas de fondo sin renunciar a su tratamiento y su planteamiento, desde la fuerza y las posibilidades que nos ofrecen los fenómenos más recientes y atractivos asociados al desarrollo de la tecnología de la información'.

En este contexto, la imagen es sin duda una de las manifestaciones más claras de la capacidad incesante de producir información que tiene la sociedad en nuestros días. En muchos entornos académicos, en los que sigue dominando la idea tradicional de que la palabra es el sostén básico del humanismo, la creciente presencia de la imagen es entendida sencillamente como una amenaza.

Sin embargo, como repetidamente señalan los autores de las diferentes ponencias y comunicaciones, la imagen no es nada nuevo, ni sus propiedades eran desconocidas hasta ahora; por el contrario, siempre ha servido para expresar sentimientos y estados de ánimo y también para concienciar, dirigir y manipular. Lo que ha cambiado es su dinamismo, fruto a su vez de los sucesivos cambios de soporte, impuestos por la evolución tecnológica, y responsables en último término de la sucesión de distintas *edades de la mirada*. Es en este terreno en el que el Congreso penetra de forma directa, estudiando las diferentes percepciones históricas de la imagen, que vendrían a corresponder con la implantación sucesiva de diversos y, en su momento, nuevos soportes. Primero el Renacimiento, que hace aparecer el libro impreso —enseguida ilustrado y difundido por doquier—, transformando radicalmente la cultura libresca. Un poco más tarde, el Barroco, que pretende una consideración de la imagen como vía de conceptualización de lo sensible. Y finalmente, los avances de los siglos XIX y XX, que arrancan en la fotografía, pasan por el cine y desembocan en la televisión y en los nuevos soportes magne-

to-ópticos, configurando la imagen como el referente social por antonomasia, en perjuicio del texto, que tenía en el libro su medio de expresión más característico.

De este modo, viene a concluir en su ponencia Antonio Rodríguez de las Heras, inspirador principal del proyecto en el que se inserta este libro, para no renunciar a mucha información y limitar nuestras expectativas, volviéndonos de espaldas a los fenómenos actuales, resultaría irrenunciable un planteamiento teórico nuevo. La imagen sería así una forma de mostrar lo que necesitaríamos en el campo de las Humanidades para cambiar la consideración y la función social de nuestras disciplinas en esta nueva *sociedad de la información*.

Mariano Esteban de Vega

**DUPUY, Roger. (Dir).**

*Pouvoir local et Révolution. La frontière intérieure.*

Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 1995.

La obra recoge las ponencias, debates y conclusiones del coloquio celebrado en Rennes en 1993 y que pretendía analizar la evolución del poder local en Francia desde el final del Antiguo Régimen a la estabilización del régimen liberal, con un (mínimo) vistazo a otras zonas de Europa (en realidad, una incursión en los casos catalán —estudiado por Eliseu Toscas— y napolitano —analizado por Anna-María Rao—; como afirmaban los organizadores del coloquio, se trataba de «reevaluar la tesis de Tocqueville», relativa a las líneas de continuidad que unían Antiguo Régimen, Revolución e Impero en lo referente al amplio proceso de centralización experimentado por el Estado francés.

Cuando de las grandes líneas interpretativas se desciende a niveles más elementales de análisis, se comprueba que esas líneas no son tan continuas como parecían

y que hay recovecos, meandros y resistencias varias. Por otra parte, este énfasis en visiones más microscópicas, permite ahondar en análisis «a ras de suelo» del significado de lo político en los pequeños pueblos; si se prefiere, de proseguir la reflexión acerca del impacto de la revolución «au village».

Dada la heterogeneidad de los trabajos, y su desigual valor, resulta complicado detenerse en amplias valoraciones. Por ello, me limitaré a destacar algunos aspectos de un empeño de estas características, y lo haré desde una perspectiva global, muy centrada en lo que es el objeto fundamental del trabajo (el poder local), y obviando las referencias al periodo (la Revolución).

Entiendo que la importancia otorgada por trabajos como el que aquí nos ocupa al fenómeno del poder local, ayuda a estimular una línea de investigación que, si bien en Francia (o en otros países europeos, como Gran Bretaña o Italia) cuenta ya con importantes aportaciones, en nuestro país sólo ha despuntado desde fechas recientes. La renovación de la historia política, y, sobre todo, la confluencia de la misma con una también renovada historia social, encuentra un punto de contacto en el análisis del poder. Éste ha de ser estudiado en los ámbitos en los que realmente se ejerce, por lo que resulta muy útil aplicar a su investigación una perspectiva «micro», que permita entenderlo en toda su complejidad.

Lo es también despojarle de la carga institucionalista y/o politicista que a menudo ha soportado, es decir, entenderlo —como ha afirmado uno de nuestros mejores especialistas, Jaume Suau— como un fenómeno de naturaleza esencialmente social y política. Eso es lo que no ha sucedido en gran parte de las comunicaciones del coloquio, que optan por la vía fácil de reducir el poder a la esfera institucional, olvidando el complejo mundo de relaciones que se concentran en él. Parece más fructífero ahondar en visiones más ricas, como la propuesta en la comunicación de Eliseu Toscas, que no deja de lado ni las preocu-

paciones teórico-metodológicas, ni olvida tampoco que el poder es una relación entre distintas partes, ni reduce su estudio al estrecho terreno de lo político.

L. Santiago Díez Cano

**BARATÍN, Marc y CHRISTIAN, Jacob (dirs).**

*Le pouvoir des bibliothèques, La mémoire des livres en Occident.*  
París, Albin Michel, 1996.

En la era del audiovisual y del poder de los mass media sorprende y reconforta encontrar un libro sobre *El poder de las bibliotecas*. Y es un libro de historia, que se suma al denso fluir de la historia del libro, de las bibliotecas y de las prácticas culturales, que tanto ha contribuido a poner de moda Roger Chartier, entre otros, en el mundo cultural francés. De Babel a Alejandría y hasta nuestros tiempos con «El nombre de la rosa» de Umberto Eco, la biblioteca ha sido siempre un «personaje» histórico.

El libro que comentamos se empeña en desplazar el viejo concepto de la biblioteca como depósito o almacén de libros, empolvados en muchos casos, y lo consigue. Pocos dudan ya que la biblioteca constituye un lugar de memoria, un espacio de conservación del patrimonio intelectual, literario, científico o artístico, y un teatro vivo y actuante donde «bajo el efecto de la lectura, de la escritura y de su interacción, se liberan fuerzas y corrientes de pensamiento» como recuerda Christian Jacob (p. 11). A lo largo de las páginas que siguen se ilustra esta afirmación, con monografías referidas a distintos espacios —de Alejandría a Ferrara— y épocas —desde el Medievo, al Renacimiento y a la época de las Luces— e incluso fuera del tiempo, navegando entre el mito y la imaginación. Culmina ésta en la presentación de una hipotética «Biblioteca Inestimable» edificada por el Imperio de turno que, en la ambición de

su poder, procura poseer todo «el saber del mundo, su Memoria». Y se erige en guardián de la Memoria y del Olvido de los pueblos de la Tierra. La distribución de salas constituye una novedad insospechada. Lenguaje imaginario que no ha sido ajeno a las ambiciones de las grandes autocracias o de los regímenes totalitarios en nuestros días. La fábula no está pues, tan fuera de lugar.

Pues toda la obra se articula en torno al juego de las bibliotecas respecto a algunos conceptos claves para el historiador: el tiempo y el poder, la memoria, el olvido y la transmisión, continuidad y ruptura, sociabilidad y política cultural.

El libro y la biblioteca se erigen, de esta forma, en objetos históricos que inciden en la propia sociedad y pueden ser descubiertos como elocuentes sujetos históricos. Si la sagacidad del historiador encuentra la cuestión y la materia del diálogo.

Josefina Cuesta

**BERAMENDI, Justo G., MAÍZ, Ramón y NÚÑEZ, Xosé M.<sup>a</sup> (Eds.)**

*Nationalism in Europe. Past and Present.*  
2 vols. Santiago de Compostela,  
Universidad, 1995.

Dos gruesos volúmenes, que suman en total casi 1.500 páginas reúnen —en lengua castellana o inglesa— las ponencias y comunicaciones presentadas al Congreso Internacional 'Os nacionalismos en Europa. Pasado e Presente', celebrado en la Universidad de Santiago de Compostela en el mes de septiembre de 1993. En aquella ocasión, unos 70 especialistas de diferentes países europeos y norteamericanos —procedentes de la historia, la sociología y la ciencia política— fueron convocados en torno a un programa muy ambicioso, que tenía como objetivo debatir sobre los problemas metodológicos y conceptuales más importantes que se plantean en el estudio del naciona-

lismo europeo. De la riqueza de aquellos debates son buena muestra estas Actas, estructuradas —como lo estuvo el propio Congreso— en cinco secciones: 'Historiografía y Metodología para el estudio del nacionalismo'. 'La construcción de la nación y los nacionalismos en los imperios multinacionales', 'La construcción de la nación en Alemania e Italia', 'Nación y nacionalismos en los viejos Estados' y 'El nacionalismo en la Europa actual'.

Es preciso subrayar que la publicación de estas Actas constituye, tanto por la cantidad de las aportaciones reunidas como sobre todo por el extraordinario interés de la mayoría de ellas, un acontecimiento excepcional no sólo en el ámbito de la historiografía y la Universidad españolas —que muy rara vez son capaces de promover iniciativas de esta envergadura—, sino también en el de la propia historiografía europea. Su contenido, como señalan acertadamente los editores, aporta nuevas perspectivas a muchos de los problemas que han venido ocupando a los especialistas en este campo: las manifestaciones de la identidad colectiva; el valor de determinados elementos configuradores de la etnicidad en el establecimiento de fronteras étnicas o culturales; la relación entre el cambio social y la conversión de las identidades colectivas en identidades nacionales; el papel de los mitos y las simbologías en la construcción intelectual, política y social de las identidades nacionales; la acción del Estado y la movilización política de sectores sociales que aspiran a la consecución de un ideal nacional; el papel del nacionalismo como vehículo de cohesión y movilización social en momentos de crisis de valores y de quiebra del orden político; la convivencia de nacionalidades o grupos étnicos diferentes dentro de una sociedad multicultural; en fin, la dimensión social del nacionalismo.

Encontrar definiciones claras y unívocas, la inmersión en estudios de carácter comparado y la apertura sincera a la interdisciplinariedad, son, por último, las con-

clusiones generales —y, al mismo tiempo, las sugerencias más perentorias— planteadas por los editores de esta verdadera obra de referencia para la historia de los nacionalismos en Europa.

Mariano Esteban de Vega

**BURRIN, Philippe**

*La France a l'heure allemande.*

París, Seuil, 1995.

La Francia de Vichy se ha convertido en uno de los grandes temas de la reflexión historiográfica francesa de esta última década.

Al riguroso examen de los distintos fascismos y regímenes autoritarios europeos, emprendido desde la primera hora por los italianos, no sin agrios debates y sin traumas entre los alemanes, y con interés y rigor creciente entre españoles y portugueses, ha venido a sumarse, más tardíamente, la historiografía francesa, que se interpela sobre sus «años negros». No ha sido ajeno a este impulso de los estudios sobre la historia más reciente, el papel desempeñado por el Instituto de Historia del Tiempo Presente, del CNRS, foro de debates, equipos y encuentros entre especialistas, que han propiciado una aproximación rigurosa y metodológicamente innovadora a este período largamente silenciado en la historiografía francesa, mucho más ocupada en recuperar para la memoria períodos o temas como la Resistencia, la Liberación, la II Guerra Mundial y las repúblicas subsiguientes.

El cincuenta aniversario del fin de la II Guerra Mundial ha incrementado notablemente los estudios sobre este período y han venido a sumarse nuevas perspectivas.

No ha pasado desapercibida, ni entre los especialistas ni en la opinión pública, la obra de Ph. Burrin, Profesor del Instituto Universitario de Altos Estudios Internacionales de Ginebra, sobre este período: «Francia a la hora alemana». La seriedad investigadora de este historiador suizo,

conocido en las aulas universitarias salmantinas como en las norteamericanas, donde se encontraba enseñando en 1995, mientras su libro levantaba revuelos en el continente europeo, ha arrojado luz sobre aspectos menos conocidos del período.

El estudio gira sobre un concepto: «la acomodación» y sobre los mecanismos articulados por los franceses, en todos los campos, para no sucumbir a la bota del Ocupante. El propio Burrin confiesa, en una entrevista, el objetivo de su obra: abordar el análisis del período más allá de los dos polos «entre la Colaboración y la Resistencia» —posturas que considera minoritarias— y analizar la inmensa y difusa gama de actitudes existentes entre ambas. No es un problema menor en este análisis, el detectar y ver evolucionar el umbral entre «lo aceptable y lo inaceptable» en la Ocupación. Los ejemplos históricos citados inducen a una profunda reflexión. No escapan a esta acomodación, y de una evolución favorable al ocupante —la suerte de las armas en la guerra marca el compás de fondo de esta evolución— ni intelectuales críticos ni anónimos habitantes de la Francia de Vichy, muchos aprenden a convivir en buena vecindad al lado del Ocupante. Los intelectuales reconocidos de derechas colaboran, sin duda, bien con traducciones o aceptando la censura o sometiéndose voluntariamente a ella.

Otros más críticos, también evolucionan al ritmo de las armas —como Aragón, Sartre o Maurras—. El propio Lucien Febre invitará a Marc Bloch a dimitir del Consejo de redacción de la conocida revista *Anales d'histoire économique et sociale* para no verla dañada por la condición de judío de Bloch.

También la patronal se encontró, en general, a sus anchas con un régimen que defendía el orden con disciplina alemana; apoyaban los mismos valores de orden. E incluso, algunos medios industriales o bancarios de origen judío, financiarían al ocupante alemán. La alianza con el poder llegó a tales extremos. Y la Iglesia no se mostró más perturbada por el régimen de 1940 de

lo que se había sentido ante el Frente Popular en 1936. Aunque, como en otros períodos históricos, el bajo clero no fue tan proclive a la colaboración como muchos prelados.

La consulta simultánea de archivos franceses y alemanes ha permitido a Ph. Burrin detectar en unos lo que otros silenciaban. Por ejemplo, los alemanes son mucho más elocuentes al describir las formas de «acomodación» y «colaboración» que encontraban entre la población francesa.

El libro del autor suizo ha despertado un notorio interés en los medios especializados y en la opinión pública, especialmente en Suiza, donde la prensa le dedicó varias páginas. Para los historiadores españoles del Franquismo tiene la virtud de aportar conceptos y mecanismos de análisis que pueden ser de gran utilidad para el estudio de los mecanismos de apoyo y de aceptación del régimen dictatorial.

Josefina Cuesta

**ARACIL, Rafael, OLIVER, Joan y SEGURA, Antoni.**

*El mundo actual. De la Segunda Guerra Mundial a nuestros días.*

Barcelona, Universitat, 1996.

El fenómeno, cada vez más frecuente entre nosotros, de la publicación de libros que proponen una síntesis de las grandes transformaciones políticas, sociales y económicas de los últimos 50 años de la historia de la humanidad, se halla relacionado indudablemente con un doble proceso. Por una parte, la llamada 'historia del tiempo presente' emerge para muchos como una disciplina específica, reivindicando incluso un estatuto epistemológico propio. Por otro, la introducción entre las materias troncales de los nuevos planes de estudio en la licenciatura de Historia de una materia titulada 'Historia del Mundo Actual', ha creado un mercado nuevo para este tipo de traba-

jos, sirviendo de acicate para la edición de los mismos.

En efecto, tras las primeras traducciones de algunas obras de historiadores extranjeros, comienzan a llegar ahora las primeras síntesis realizadas por especialistas españoles. El libro que reseñamos, redactado por tres profesores de la Universidad de Barcelona, es en gran medida el fruto de la experiencia docente en estas materias de sus autores. No se trata de una obra que dedique una atención similar a los diferentes ámbitos en que puede ser analizado el desarrollo histórico del mundo actual; por el contrario, la especial dedicación de Aracil, Oliver y Segura al terreno de la historia económica se hace bien patente en el texto, cuyos capítulos más brillantes son seguramente los que se dedican a analizar la economía mundial de la posguerra, la expansión del sistema capitalista y la crisis de los 70, y la situación presente de la economía mundial. Tampoco se trata de un libro que entienda la historia universal en su sentido más amplio, es decir, equilibrando la realidad histórica de la pluralidad de sociedades, civilizaciones y procesos históricos de esta época (algo, por otra parte, alejado de las posibilidades reales); dado que en una obra de estas características resulta necesario elegir, parece lógica la opción de los autores por exponer esa realidad histórica desde una perspectiva occidental, que es también la de sus potenciales lectores. Sin embargo, el contenido del libro presenta un grado de coherencia poco habitual en una obra de varios autores, y permite seguir sin dificultad a lo largo de los diferentes capítulos los principales argumentos que se exponen. Finalmente, también resulta destacable el intento de integrar la historia española más reciente en el discurso general del libro; de nuevo en este caso, la historia comparada viene a poner de manifiesto lo escasamente anómalo de nuestro devenir histórico.

Nos encontramos, en definitiva, ante un buen manual universitario, riguroso y asequible al mismo tiempo, y muy útil como

obra de consulta para un amplio público universitario. Además de algunos errores formales, sólo resulta lamentable la ausencia —impensable en obras de este tipo publicadas en otros países— de un índice temático, que acercaría mucho más ágilmente al lector a sus contenidos.

Mariano Esteban de Vega

**SALAS LARRAZÁBAL, Ramón.**

*Seguridad, Paz y Defensa.*

Madrid, Ministerio de Defensa, 1995.

No sin emoción es posible abrir el libro póstumo de Ramón Salas Larrazábal.

Escrito con la prisa de quien aún tiene algo —acaso lo más importante— que decir: decirse a sí mismo, comunicarse desde lo hondo. Cuando la muerte amenaza y pisa los talones, no es posible olvidar al abrir el libro, la imagen de su redacción. El general en su despacho, rodeado de libros —especialmente sobre la España contemporánea y sobre la guerra civil española—, con una fotografía dedicada por los monarcas, aplicado como un buen estudiante dictando a la secretaria a ratos, a Eulalia Lamamié de Clairac —su esposa— otros, con la ilusión de poder concluir la que él ya sabía sería su obra póstuma.

El militar, que había luchado en la guerra de España primero y en la Mundial después en la «Escuadrilla Azul», lanzaba su última mirada, desde la atalaya de la suprema verdad, —una muerte anunciada— sobre la seguridad, la guerra, la paz y la violencia.

Abre el hueco de sus primeras páginas a la paz, «como reino de la justicia, (...), fundamento y garantía de la paz (...), fruto del amor» y a su vinculación con el desarrollo y los derechos humanos. Sigue la reflexión sobre «la guerra como fenómeno a extinguir». A las cien primeras páginas, que bien merecen una honda y meditada lectura y donde el autor expresa su pensa-

miento más personal, sucede otra centena donde Ramón Salas hace un repaso, desde la perspectiva arriba planteada, de la época que le tocó vivir y protagonizar: la expansión del sistema soviético a la Europa del Este, la guerra fría y las crisis de nuestra época: Balcanes, el Golfo, la caída del muro, el conflicto árabe-israelí... Para detenerse en el papel del Estado y de los modelos de fuerzas armadas que considera necesarios para nuestros días.

Desde aquí la mirada se fija en España y la defensa nacional; tras una breve síntesis histórica, se proyecta hacia el futuro. «Mirando al futuro» se cierran las últimas páginas del libro y de la vida de Ramón Salas Larrazábal quien, si se forjó en la guerra, se aquilató en la paz y fue, para los historiadores y amigos que le conocimos en su madurez, ejemplo de diálogo, de debate honesto, de tesón, de búsqueda de la verdad, de concordia y de amistad.

Josefina Cuesta

**RINGROSE, David.**

*España, 1700-1900: el mito del fracaso.*  
Madrid, Alianza Editorial, 1996.

No cabe calificar al libro de Ringrose, aunque a primera vista pueda parecerlo, de rupturista o iconoclasta, ni siquiera quizá de innovador en muchas de las tesis y posiciones que sostiene, toda vez que algunas de ellas ya habían sido expuestas con anterioridad por diferentes historiadores españoles, pero desde luego sí que es un libro desafiante —en el mejor sentido intelectual del término— en muchos aspectos, renovador en otros, inteligentemente construido y bien armado y que no va a pasar, no ha pasado de hecho, desapercibido en el panorama historiográfico español. Ringrose nos presenta un voluminoso trabajo de casi 600 páginas, bien escrito y con una notable investigación a sus espaldas —más notable en unos temas que en otros, como corres-

ponde a la propia trayectoria del autor— que pretende echar su cuarto a espadas —y vaya si lo hace— frente a una visión —percepción, dice él— pesimista de la historia de nuestro país según la cual esa historia vendría caracterizada por una sucesión ininterrumpida de fracasos económicos y políticos y por continuas oportunidades perdidas o fallidas, un rosario de cruces, en suma, que solo recientemente, con el «milagro económico» de los años sesenta y el «milagro político» de los setenta, habría concluido. Su tesis es, por el contrario, muy otra: muchos de los ragos «modernos» que ya existían en 1900 —y se ocupa de inventariarlos convenientemente— y que están en la base del «éxito» posterior ya venían gestándose desde hacía dos siglos. Y fue así porque las variables económicas subyacentes muestran que España siguió un sendero —no siempre recto ni exento de dificultades en su trazado, como ocurrió en muchos otros lugares, siendo también éste un elemento de homologación europea— de expansión económica gradual y acelerada a lo largo de los siglos XVIII y XIX. La dinámica, sostiene Ringrose, en ocasiones se desplazó de una región a otra pero incluso en la convulsa primera mitad del siglo pasado existen caracteres y pruebas de una demografía y de una actividad económica en expansión. Y es que muchos elementos de la modernidad o que asociamos con la modernidad se dieron contemporáneamente a la estructura política del Antiguo Régimen e incluso a periodos caracterizados por la inestabilidad social y política. Las elites tradicionales o una parte importante de las mismas, lejos del inmovilismo esclerotizante o de una percepción singularmente estrecha o miope de la realidad económica, supieron adaptarse a los tiempos —sin por ello dejar a otros niveles que los tiempos también se adaptasen a ellas—, creando compromisos y pactos entre la tradición y la novedad, entre ellas mismas y los grupos que paulatinamente, nunca abruptamente, como podría desprenderse de una lectura excesivamente mecánica e ideológica del concep-

to de «revolución burguesa», van haciendo acto de presencia en el panorama socioeconómico español. Porque desde este punto de vista y del de la demanda de poder político, sostiene nuestro autor, no cabe siquiera hablar de «revolución burguesa», sino sólo de una lucha en relación con la manera de legitimar (y explotar) el Estado tras los acontecimientos de la Revolución Francesa por un lado y la pérdida de las colonias por otro y de adaptar las nuevas instituciones políticas a las tendencias intelectuales y económicas subyacentes en el siglo anterior. En línea con este planteamiento, Ringrose defiende que ni la era de Napoleón ni la pérdida del imperio americano representaron una discontinuidad importante en la historia española. Las redes urbanas y las elites que marcaron la España del siglo XVIII siguieron evolucionando —evolución de la que se da puntual noticia a lo largo de densas páginas— aunque con diferentes cronologías y características. La red de familias y clanes provinciales, verdaderos protagonistas del mundo de los negocios y de la política y que para Ringrose configuran, pese a sus diferencias, una sola economía y elite social, participan de ciertos valores sociales y económicos usualmente asociados con la nobleza y evolucionan sin solución de continuidad entre los siglos XVIII y XIX. Es esta continuidad de las elites provinciales y de los hábitos de estrategia familiar que cultivaron, lo que en última instancia da continuidad a esos dos siglos. Continuidad no exenta de adaptaciones a nuevos caminos económicos y a nuevas formulaciones políticas y que no sin limitaciones, resistencias a procesos puntuales y aspectos negativos en su concreta articulación histórica, permitieron, dice Ringrose, que hacia 1900 España estuviera ya más cerca de lo que es actualmente que lo que las percepciones predominantes piden que creamos. Esa es, al menos, la percepción que su libro pretende transmitir.

Francisco de Luis Martín

**MARTÍNEZ MARTÍN, Manuel.**

*Revolución liberal y cambio agrario en la Alta Andalucía.*

Granada, Universidad, 1995.

Los notables avances protagonizados desde hace algún tiempo por la historia agraria —sin duda uno de los sectores de la historiografía española que más ha progresado últimamente en el conocimiento de nuestro pasado— están permitiendo revisar ciertas ideas sobre temas centrales de la historia contemporánea de España que hasta hace poco se consideraban firmemente establecidas. Algunas de ellas se refieren a los efectos de la Revolución Liberal en la propiedad y la explotación de la tierra y, en general, en las estructuras sociales y económicas. Frente a la tesis tradicional, según la cual las medidas agrarias que le acompañaron —cerramientos, desvinculación, desamortización, etc.— supusieron una mera transferencia de la titularidad de la tierra entre los antiguos poseedores y los nuevos burgueses e incluso nobles, hecha a espaldas del campesinado, que habría sufrido impotente este proceso, comienzan a emerger un buen número de elementos que pueden permitir hoy una interpretación sustancialmente distinta.

Gran parte de las nuevas conclusiones proceden de sólidas monografías referidas a ámbitos geográficos reducidos, como este libro de Manuel Martínez, dedicado a analizar la incidencia de la Revolución Liberal en tres pueblos de la Alta Andalucía —Santa Fe, Montefrío y Mancha Real—, muy representativos de las distintas situaciones agrarias de la zona. Armado de un bagaje exhaustivo de fuentes, el autor demuestra de forma incontrovertible la existencia, en este terreno, de un modelo altoandaluz plenamente diferenciado del que habitualmente se había venido haciendo extensible al conjunto de Andalucía.

En efecto, muchas de las medidas agrarias liberales pudieron ser aprovechadas por el campesinado para garantizar su pervivencia: a través del acceso a la propiedad

de pequeños colonos, gracias a la fragmentación de algunos grandes patrimonios; gracias a la redención de censos y la desaparición de rentas que pesaban sobre la explotación campesina; manteniendo el grueso de las tierras de uso común; y mediante la persistencia de la figura del colono-arrendatario. La penetración del capitalismo no siguió pues, en este caso, la vía clásica de la proletarización, sino la mercantilización de las economías campesinas, la *campesinización* de la que ya había hablado Manuel González de Molina, director de la tesis doctoral en la que se basa esta obra. Por otra parte, en contraste con la idea de que el crecimiento experimentado por el sector agrario fue ante todo extensivo, debido a la roturación de tierras hasta entonces dedicadas a pasto o monte, el trabajo muestra que además de expansión de tierras cultivadas hubo también una intensificación del uso agrícola del suelo y aumentos de la productividad. Finalmente, en el debate en torno a si la Revolución Liberal implicó continuidad o ruptura en el ámbito del poder agrario, el libro ofrece también una interpretación novedosa: la oligarquía agraria de finales del siglo XIX habría surgido de la fusión —en gran medida a través de una política de alianzas matrimoniales— entre la vieja oligarquía del XVIII y los nuevos terratenientes surgidos de la Revolución Liberal.

Parece, pues, evidente que no es posible seguir manteniendo interpretaciones que se están mostrando carentes de la necesaria base empírica, y que las nuevas visiones de los efectos de la Revolución Liberal en las estructuras agrarias tendrán que atender a una notable pluralidad de situaciones regionales e incluso intrarregionales. También resulta claro que deberán ser mucho más matizadas y abandonar los tonos apocalípticos y redentores, nada infrecuentes en este ámbito hasta hace poco tiempo.

Mariano Esteban de Vega

**GARCÍA PÉREZ, Juan.**

*Entre la manufactura tradicional y el desierto fabril. El estancamiento del sector industrial en la Extremadura Contemporánea, 1840-1930.*

Cáceres, Cámara Oficial de Comercio e Industria, 1996.

La imagen según la cual existen en España una serie de regiones en las que nunca llegaron a arraigar otros sectores económicos que la agricultura y la ganadería, constituye hoy una representación muy enraizada en nuestra mentalidad colectiva. La realidad actual parece ser el mejor aval de este tópico. Pero también la frecuente identificación de la industria con determinados sectores punteros —en el siglo XIX el textil y el siderúrgico—, y el consiguiente olvido de otros, durante mucho tiempo dominantes (la alimentación, la construcción, los curtidos...), ha contribuido notablemente a la difusión de esa idea.

Sin embargo, trabajos como éste de Juan García Pérez —quien ya había dado muestras de su valía investigadora en anteriores publicaciones, centradas la mayoría en el ámbito de la historia agraria— muestran bien a las claras que no es cierto que la industria de estas regiones haya ocupado siempre una posición marginal dentro de los espacios industriales españoles, y en particular que la historia industrial extremeña en la época contemporánea no estaba escrita ni mucho menos desde el principio. Así, en los años centrales del XIX, gracias sobre todo a los sectores de la alimentación y la química, Extremadura ocupaba una posición relativamente destacada en el conjunto industrial de España tanto por el volumen de sus contribuciones industriales (era la octava región española) como por su índice de fabricación (la sexta). Tampoco la historia industrial de Extremadura fue un proceso lineal cuyo desenlace tenía que ser, necesariamente, la desindustrialización: por el contrario, la realidad presente es resultado de un proceso de ritmos irregulares y complejos, en el que la permanente

debilidad del sector industrial no impidió la existencia de momentos de renovación (la década de los 80, los primeros años del siglo), cuyo desarrollo debe ser analizado históricamente, es decir, excluyendo la tentación de creer que lo que sucedió fue lo único que podía suceder.

El libro intenta aportar también una explicación al estancamiento industrial extremeño y, en general, a las razones del atraso económico de la región. En este terreno, el autor considera el peso de un conjunto muy heterogéneo de factores, internos y externos, espaciales, físicos o estrictamente humanos, de carácter económico y de naturaleza sociocultural. Pero, más allá de una determinada posición geográfica (excentricidad territorial), de una meteorología adversa (irregularidades climáticas), de la escasez de recursos naturales para el desarrollo de una industria clásica (materias primas), de la débil producción del subsuelo, y de la influencia de los elementos relacionados con la demanda (bajo nivel de renta, escaso poder adquisitivo, reducido tamaño del mercado, pocos cambios en los hábitos de consumo, etc.), para Juan García es en el terreno de la oferta y, concretamente en las decisiones adoptadas en materia de inversión por la muy poderosa oligarquía regional (abandono de las actividades industriales y orientación preferencial de los capitales hacia la compra de propiedades rústicas y urbanas o la concesión de préstamos), donde residen las causas fundamentales del estancamiento sufrido por las labores manufactureras. La clave estaría, pues, en el peculiar comportamiento mostrado por los grupos de poder socioeconómico con intereses en Extremadura, que —de forma *egoísta*, llega a decir el autor, quizá con alguna ingenuidad apriorística— habrían optado por invertir sus capitales en la agricultura y la ganadería, siguiendo la más pura lógica y racionalidad económica, pero renunciando a articular un modelo integrado de economía regional.

Mariano Esteban de Vega

### **SIERRA, María.**

*La política del pacto. El sistema de la Restauración a través del partido conservador sevillano (1874-1923).*

Sevilla, Diputación de Sevilla, 1996.

Desde hace algunos años, los estudios sobre la Restauración han experimentado una transformación notable, que está ofreciendo nuevas e interesantes perspectivas de análisis. En este interesante y novedoso panorama, destaca con luz propia la trayectoria y el trabajo de la profesora María Sierra. La obra que aquí comentamos recoge los frutos de su tesis doctoral, leída en el año 94 y transformada en publicación premiada por la institución editora.

Esta tesis no es sólo la brillante puesta de largo de una joven investigadora, sino la culminación de una trayectoria que había rendido notables frutos. En efecto, en 1992, María Sierra publicó su breve pero enjundioso (en palabras de Juan Pablo Fusi) libro sobre la familia Ybarra, un anticipo valioso de lo que ha sido luego su tesis doctoral. En distintos artículos, la profesora sevillana ha desentrañado los mecanismos del clientelismo en la provincia andaluza, ha explicado diversas facetas de la organización de los conservadores sevillanos, ha mostrado la utilidad de los archivos privados, como el de la familia Ybarra, verdadero acervo de datos que María Sierra ha sabido depurar y utilizar, etc. En definitiva, este libro que ahora reseñamos rubricaba de forma brillante una breve pero muy intensa tarea profesional, desarrollada, además, en torno a un grupo de trabajo que desde la universidad hispalense dirige el profesor Sánchez Mantero.

La brillantez a que aludimos se fundamenta en diversos pilares: el rigor conceptual, al que nos tiene acostumbrados la autora y para el que se auxilia, en caso necesario, de préstamos procedentes de otras disciplinas (politología, sociología), utilizados con un criterio crítico y no de forma aleatoria; el trabajo metódico y siempre acertado sobre las fuentes, en especial

sobre las ya citadas procedentes de los archivos privados, complementados con una amplia panoplia de documentación; la reflexión continua sobre los materiales utilizados, huyendo de planteamientos esquemáticos o del uso de argumentos apriorísticos; una exposición cuidada y siempre subordinada a la mejor comprensión de las ideas principales.

Con estos sólidos cimientos, se edifica un trabajo riguroso, que a través de la historia del partido conservador sevillano en el período restaurador, de su auge y decadencia, permite —como se afirma en la introducción— entender mejor «los fundamentos y efectos del sistema político monárquico liberal». Este es el mayor activo de este libro y lo que coloca a su autora en la primera línea de renovación de los estudios sobre el período.

Renovación en distintos frentes. En primer lugar, en el campo de la historia política, en el que —casi combativamente, diría yo— se sitúa María Sierra. Siguiendo la estela de los historiadores que han transformado esta disciplina y apostando por la utilidad de este enfoque para comprender no sólo los fenómenos estrictamente políticos, sino también para entender lo social, se presenta un trabajo que es de historia política, sí, pero no politicista. En segundo lugar, renovación en los estudios locales/regionales, demostrando de forma práctica que hacer, no ya historia acotada espacialmente, sino historia de un grupo político local/provincial sirve tanto para entender ese fenómeno en sus específicas particularidades como —sobre todo— para contribuir mejor al conocimiento de procesos de carácter más global. Todo ello permite realizar una contribución de importancia a la renovación de los estudios sobre el período de la Restauración.

Durante muchos años, el análisis de esta etapa ha estado «sobredeterminado» por la alargada sombra de las grandes interpretaciones hechas en los años 70, que parecían —en algunas ocasiones— condenarnos a opciones analíticas excluyentes.

María Sierra ha optado con decisión por una vía complementaria, que pudiera permitir una visión más global y compleja del período, integrando en el análisis del sistema canovista tanto la importancia del clientelismo, de la política del pacto, como la relevancia que para su mantenimiento tenía la identificación con él de la elite económica. Aunque, como manifestaré más adelante, su análisis sigue teniendo —a mi entender— un cierto sesgo, creo que en cualquier caso, su interpretación ha de ser muy tenida en cuenta a la hora de abordar esa visión renovada del período que desde distintos ámbitos territoriales se está produciendo. Yo destacaría sobre todo, su aguda reflexión sobre las relaciones entre poder económico y político, y sobre la inserción de los intereses de los grupos económicos dominantes en Sevilla en la política del pacto que caracteriza el sistema canovista, especialmente a través de la vinculación a los partidos y —sobre todo— a las individualidades que comandaban esos partidos.

Como toda obra de interés, ésta tiene también la virtud de suscitar reflexiones y desacuerdos, dudas y nuevas perspectivas. Aún de manera breve, expondré algunas que estimo pueden ayudar a estimular el debate sobre una historiografía renovada del período.

El trabajo se orienta desde una perspectiva del poder en el marco provincial, entendiendo que los fenómenos de poder locales y/o comarcales no son relevantes en el análisis del conjunto del sistema. Puede que para provincias como la sevillana, donde el control que ejercen unos muy pocos primates en el nivel provincial es realmente férreo, eso pueda servir, pero eso no sería extrapolable a otras partes del Estado. Incluso, creo que resulta necesario ahondar en el análisis de los poderes locales si de verdad queremos comprender mejor el período restaurador.

Como antes decía, el intento de complementar las a menudo enfrentadas visiones del período es uno de los méritos de la obra, pero estimo que se valoran en exce-

so los aspectos consensuales del sistema y se orillan un tanto los que podrían originar conflicto. Es cierto que se identifican determinadas bases de apoyo al mismo, y se realiza el papel jugado por las clases medias urbanas (tanto de la capital como de los medianos núcleos de población tan importantes en el marco sevillano), pero apenas se toca el papel que juegan los grupos menos beneficiados o perjudicados por esa política pactista.

Esto enlazaría con otra cuestión que se deriva de este y otros trabajos de la autora. Con prudente criterio, no ha querido extrapolar sus conclusiones al análisis del medio rural, que entiende debe ser objeto de otro tipo de análisis, más complicado porque —en su opinión— habría cuestiones difíciles de documentar. El problema es que entonces dejamos demasiado espacio y hombres en las sombras, y oscurecemos una de las pretensiones de la investigación: el conocimiento global del sistema. Yo creo que —como se afirma casi de pasada en el libro— el marco conceptual utilizado «sería también parcialmente útil para el análisis del mundo netamente rural»; pero entonces, tendríamos que descender a la consideración de esos poderes locales antes minusvalorados y también a la interrelación entre consenso y conflicto que no se ha tenido ocasión de tratar.

Evidentemente, lo que acabo de plantear no significa poner reparo alguno a la obra. Antes bien, la enjundia de la misma es la que posibilita el que se puedan derivar de ella preguntas distintas, que estimulen la búsqueda de nuevas respuestas. Ello es lo que otorga, a mi modo de ver, un valor añadido a la excelente obra de María Sierra.

L. Santiago Díez Cano

**PÉREZ SÁNCHEZ, Guillermo.**

*Ser trabajador: vida y respuesta obrera (Valladolid 1875-1931).*

Universidad de Valladolid, Secretariado de Publicaciones, 1996.

Para una historiadora que se ha asomado al mundo del obrerismo desde una vertiente que concierne a la problemática social aseguradora aunque sea en otra época de nuestra historia, y que además es vallisoletana por nacimiento, la lectura de esta obra de Guillermo Pérez Sánchez, resulta obligadamente grata dada las características de este estudio.

Sin embargo no se trata simplemente de un trabajo de fácil lectura. Lo que debe resaltarse, en primer término, es su excelente metodología de trabajo explicitada con detalle, en la que se da carta de naturaleza a lo que viene siendo últimamente el modelo de reflexión investigadora sobre el pueblo trabajador. Ese denominado «tercer círculo» en frase ya acuñada por investigadores de la materia, aparece como un elemento necesario para el análisis de las condiciones de vida y laborales de los obreros vallisoletanos en concreto.

Otro de los aciertos de la obra es proceder al estudio propiamente dicho de la forma de ser trabajador en la ciudad castellana, por un enfoque nacional que no sólo proporciona elementos básicos para un estudio comparativo, sino que constituye un punto de arranque de por sí inteligente y hasta obligado. Como bien se declara en estas páginas, no es el planteamiento local el que interesa en exclusiva, es la historia local y su significado en el ámbito de lo nacional lo que conduce a una correcta interpretación de las coordenadas obreras vallisoletanas. En este sentido la dimensión española, cuantificada y cualificada, prepara y justifica el estudio de la segunda parte: la condición obrera en el Valladolid de la larga etapa de la Restauración.

Las casi trescientas páginas dedicadas a lo que motiva este trabajo, en su día magnífica tesis doctoral, es decir, a resaltar los aspectos peculiares de la población trabajadora de la capital vallisoletana, tocan en profundidad desde el contexto intersecular, la geografía del viejo Valladolid, el tirón que en su día fue la implantación del ferrocarril y su posterior desarrollo, un buen

número de centenarias empresas, esas que son las de toda la vida, y que permitieron dar el salto a la modernidad a la ciudad del Pisuerga y del Esgueva, la respuesta obrera asociada y con adecuada preparación reivindicativa, o el conflicto «arcaico y espontáneo» vinculado a las necesidades primarias de la vida cotidiana y más de una vez protagonizado por mujeres pidiendo rebaja en el precio del pan y empleo ante la gravedad del paro. No faltaron numerosas huelgas, en las que las reivindicaciones parecen ser siempre de tipo laboral reclamando «la mejora básica de las condiciones de vida y de trabajo» y en las que el elemento politizador parecía menos manifiesto quizá por el mismo carácter y amplitud de la huelga local, generalmente limitada a subsectores de producción que no alteraban demasiado la vida de la ciudad, salvo en casos como el de los ferroviarios por la entidad del sector.

En síntesis la obra se suma, sin duda, a las mejores de este campo historiográfico, no sólo como decimos por su adecuado método de aproximación a la vida real del obrero de la época, sino también por su concienzudo aparato documental y bibliográfico que han permitido al autor situar la historia del Valladolid de la Restauración en el punto de mira de estudiosos de la condición de vida obrera.

Mercedes Samaniego Boneu

**SECO SERRANO, Carlos y  
JOVER ZAMORA, José María.**

*Historia de España Menéndez Pidal,  
Tomo XXXVIII. La España de Alfonso XIII.  
El Estado y la política (1902-1931):  
Vol I: De los comienzos del reinado a los  
problemas de la posguerra 1902-1922.*

**SECO SERRANO, Carlos y TUSELL, Javier.**

*Vol II: Del plano inclinado hacia la  
Dictadura al final de la Monarquía  
(1922-1931).*  
Espasa Calpe.

No es éste el momento de descubrir ni descubrirse ante la magnífica, insustituible labor que al frente de la Historia de España de Espasa Calpe viene realizando el admirado profesor Jover Zamora desde que en 1975 se encargó de su dirección. El conjunto de los tomos y volúmenes que han ido apareciendo sucesivamente configura probablemente la mejor síntesis, el más lúcido estado de la cuestión de la historia de nuestro país, escritos por algunos de los mayores especialistas e investigadores con que cuenta nuestra historiografía actual y sin menoscabo en muchos casos de una investigación de base y, consiguientemente, de un aporte de documentación novedosa e inédita. Si todo esto, además, aparece presentado con un lenguaje ágil, rico, esmerado y elegante, como sucede habitualmente, convendremos que estamos ante una obra de imponente factura, «magnética» e insustituible.

Pues bien, «La España de Alfonso XIII» es un buen ejemplo de ello. Porque cuenta con tres de los mejores historiadores del período —Jover, Seco Serrano y Tusell— y porque supone una visión completa y rigurosa —en algunos temas también novedosa— del mismo. Tras su lectura la idea, todavía hoy muy arraigada, de una España decadente, inmóvil, de espaldas a Europa, cuasi feudal, pierde cualquier grado de verosimilitud y, lo que es más importante, de operatividad historiográfica. Durante los años del reinado de Alfonso XIII, el acontecer político, el progreso económico o la política exterior —tan magníficamente estudiada por el prof. Jover—, muestran un país que, no sin dificultades y problemas, algunos muy agudos ciertamente, avanza por el camino de la modernidad y el pluralismo político. Lo cual no empece para reconocer, como aquí se hace, que hubo no pocos frenos, inercias, resistencias y límites políticos, sociales, culturales y económicos a ese avance, que en parte dimanaban del interior del propio régimen alfonsino y en parte del propio contexto europeo. Porque, ciertamente, tanto en el progreso como en los

límites al mismo, España no parece diferenciarse, a no ser por una evolución algo más lenta y en ocasiones más errática, de otros muchos países europeos, incluidos algunos del área occidental. La articulación del sistema político, la labor de los diferentes gobiernos, las relaciones o desencuentros con los grupos de oposición, el papel del rey y de los grupos de presión, la política internacional, los problemas sociales, regionales y militares, las sucesivas crisis que jalonan el período —1906, 1909, 1913, 1917, 1921—, el deslizamiento hacia la dictadura, la labor de Primo de Rivera y la caída de la Monarquía, son algunos de los grandes temas que se van desgranando a lo largo de casi 1.500 páginas sin que en ningún momento, pese a lo colosal del empeño, decaiga el altísimo nivel historiográfico. Una obra, por tanto, de obligada lectura para cualquier historiador contemporaneísta y cuya aparición supone un hito en nuestra historiografía y un motivo de felicitación para todos cuantos nos dedicamos a este oficio.

Francisco de Luis Martín

**URÍA, Jorge.**

*Una Historia Social del Ocio. Asturias 1898-1914.*

Madrid, Centro de Estudios Históricos (UGT), 1996.

Jorge Uría, a quien ya debíamos estudios interesantísimos sobre la sociabilidad popular en Asturias, la compleja realidad que se circunscribe alrededor de la taberna como lugar privilegiado de encuentros obreros o la cultura de las capas subalternas de la sociedad en relación con la disciplina industrial introducida por el capitalismo, nos presenta ahora un nuevo trabajo, resumen de la que fuera su tesis doctoral, donde desde una perspectiva interdisciplinar se abordan cuestiones y aspectos relativos al ocio de los sectores más desfavorecidos de la población asturiana entre finales

del siglo XIX y la Iª. Guerra Mundial. El resultado final no sólo corrobora lo que ha sido una fecunda trayectoria investigadora, sino que permite afirmar también que nos encontramos ante una obra espléndida y un sólido especialista en los comportamientos culturales e ideológicos de los sectores populares. El análisis del “ocio” y de un conjunto de actividades y empresas a él y con él relacionadas le ha permitido desentrañar un sistema de pautas de conducta, de valores o de conflictos que emergen en esos sectores y que derivan de unos sistemas ideológicos propios que reflejan, no obstante, ecos de los esquemas ideológicos propagados y defendidos por las capas socialmente hegemónicas y de las resistencias a los mismos. Se sitúa para ello dentro del estudio de las ideologías tal y como lo presenta la mejor y más abierta tradición historiográfica marxista, proponiendo “una visión de las manifestaciones culturales y de los comportamientos colectivos en donde, sin despreciar las permanencias, sea posible apreciar también los cambios, las imbricaciones que la costumbre pueda presentar con las coyunturas históricas y, en definitiva, con las manifestaciones de la lucha de clases a las que tampoco son ajenas la vida cotidiana, las mentalidades y hasta los íntimos reductos de la vida privada” (pág. 7).

Para llevar a cabo esta singular y novedosa tarea, ajena a caminos trillados aunque deudora de algunos de los mejores investigadores sociales sobre temas como el ocio, la sociabilidad popular o la cultura obrera, Uría echa mano de un amplio catálogo de fuentes que van desde documentos oficiales hasta materiales literarios y artísticos habitualmente desechados en la investigación histórica, pasando por un exhaustivo examen de la prensa de la época. Pero más importante que el catálogo en sí es, sin duda, el proceso de reflexión y relectura que sobre el mismo realiza, cribando y depurando datos que en su interpretación sistemática y general le permite definir aspectos sustanciales del ocio urbano, de la

poderosa red asociativa de carácter instructivo o recreativo existente y, en suma, de la sociabilidad popular de la época, trascendiendo incluso en sus conclusiones —aunque siempre se circunscriba a él— el ámbito local o regional.

Con una escritura cuidada y ágil, sin desfallecimientos en ninguno de los capítulos que estructuran el libro y logrando siempre un equilibrio entre la prosa científica y la exposición amena, se van desgranando en toda su complejidad simbólica y significativa temas, aspectos y actividades del ocio urbano como el paseo, el turismo incipiente, los espectáculos públicos —con especial referencia a la revista, el cuplé, el género chico o el cine—, los bailes dominicales o la siempre combatida pero nunca derrotada taberna. Aborda también la labor desarrollada dentro de los centros obreros con su panoplia de iniciativas, desde las escuelitas para niños hasta las representaciones teatrales o la formación de orfeones, rondallas y masas corales. Pero no acaba ahí el estudio de las modalidades organizativas, porque más allá o más acá de las instancias políticas y sindicales, floreció igualmente un gran número de entidades recreativas y de sociedades deportivas y musicales que van “sufriendo” puntual y acabada disección en páginas llenas de sugerencias y de atinadas reflexiones.

Para quien redacta estas líneas la lectura de este trabajo ha sido un verdadero placer que, a buen seguro, compartirá con todos aquellos historiadores interesados en los temas de la cultura popular y obrera en España y por quienes, sin ese específico centro de interés, se adentren en su contenido. Sería muy deseable, aunque el autor explica convincentemente las razones de la nada arbitraria ni caprichosa cronología que enmarca su análisis, que tuviera continuidad en otros estudios donde se contemple el tracto histórico de los años veinte y treinta. Todos se lo agradeceríamos a este excelente historiador que es Jorge Uría.

Francisco de Luis Martín

**MARCOS DEL OLMO, M<sup>a</sup>. Concepción.**

*Voluntad popular y urnas. Elecciones en Castilla y León durante la Restauración y la Segunda República (1907-1936).*

Universidad de Valladolid, Valladolid, 1995.

Las renovadoras investigaciones que sobre algunas elecciones de la historia contemporánea de España se hicieron cuando la década de los años sesenta tocaba a su fin incorporaron valiosas aportaciones que emanaban de la sociología electoral. La línea de trabajo que entonces iniciaron M. Martínez Cuadrado, J.A. González Casanova y J. Tusell se ha proyectado hasta nuestros días, enriquecida con la sabia de un número relativamente amplio de jóvenes historiadores. Aunque todavía quedan ámbitos por desbrozar, la producción bibliográfica en este campo ha llegado a ser bastante cuantiosa y, en muchos casos, de buena calidad.

Varios y, generalmente, rigurosos son también los estudios que abordan procesos electorales anteriores a la Guerra Civil en el espacio que actualmente ocupa la Comunidad Autónoma de Castilla y León. No obstante, ninguno de ellos contemplaba hasta ahora globalmente esta temática referida a toda la región en el largo tracto histórico que cubre una gran parte de la Restauración y la Segunda República. En este sentido, puede decirse con propiedad y sin ningún tipo de fáciles concesiones que el libro arriba citado de M<sup>a</sup>. Concepción Marcos del Olmo viene a colmar un auténtico vacío historiográfico. *Voluntad Popular y Urnas*, que en su origen fue la tesis doctoral de la autora, dirigida por el profesor Celso Almuíña, autor del prólogo, culmina satisfactoriamente una trayectoria investigadora bien definida en la que cabe igualmente resaltar su trabajo sobre *Las elecciones del Frente Popular en Valladolid*.

Se percibe una desigual extensión entre las dos grandes partes que forman el libro, en beneficio del análisis que se refiere al período republicano. Mayor abundancia en

estudios y fuentes disponibles sobre el mismo ayudan a explicar esta descompensación, que sólo se entiende en toda su dimensión cuando se observa que la atención puesta en las elecciones de los años de la Monarquía tiene como uno de sus objetivos prioritarios contribuir a esclarecer las del quinquenio 1931-1936. Por lo demás, el planteamiento global de la obra presenta una gran coherencia interna que se articula en torno al binomio continuidad-cambio. Es éste un asunto relevante en el examen de cualquier proceso histórico, pero adquiere especial interés cuando su análisis se proyecta sobre una región notablemente conservadora como Castilla y León que se enfrentó a un proceso de democratización rupturista a partir de 1931, precisamente el momento histórico en el que las antiguas fuerzas políticas antidinásticas consiguieron sus mejores resultados en las urnas. Así las cosas, el enfoque del trabajo permite hacer una lectura lineal de su contenido y otra de naturaleza esencialmente comparativa. En fin, se observa rigor en la elaboración de este libro, que se fundamenta en abundantes datos tomados de fuentes primarias y de variados órganos de prensa, depositados en archivos y bibliotecas que se encuentran dispersos por todas las provincias castellano-leonesas y fuera de ellas.

Manuel Redero San Román

**COBB, Christopher H.**

*Los milicianos de la Cultura*,  
Bilbao, Universidad del País Vasco, 1995.

A Christopher Cobb, hispanista de pro, le debemos algunos trabajos esenciales sobre la educación y la cultura populares en la España contemporánea. Desde su ya clásico y pionero en muchos aspectos, *La cultura y el pueblo*, publicado en 1981 por la vieja editorial Laia, no ha dejado de rastrear y sacar a la superficie aspectos básicos y centrales de las actividades e iniciativas

socio-culturales que, desde distintas instancias, fueron promovidas durante la República y la Guerra Civil, así como las aportaciones de algunas de las personas que contribuyeron con su pluma y su esfuerzo material a configurar y dar encarnadura a lo que sin duda constituyó una nueva edad de plata de la cultura española. Interesado especialmente en la proyección o vertiente popular de esa “nueva cultura” de los años treinta, Cobb se había encontrado ya reiteradas veces con el fenómeno que representaron los milicianos de la cultura y con los claroscuros que dibujaba su actuación en el contexto del conflicto bélico. Convenía, sin duda, arrojar luz sobre su historia y su actuación: antecedentes, orígenes, ideario, objetivos, número, procedencia y filiación de sus integrantes, medios de que dispusieron, relaciones con los responsables del Ministerio de Instrucción Pública, alcance real de lo conseguido, etc. Y convenía hacerlo desde un examen exhaustivo y detenido de la documentación de primera mano existente, soslayando así lo que hasta el presente eran muchas veces opiniones o intuiciones sin la debida fundamentación documental o teórica o simples valoraciones subjetivas, deudoras más de simpatías o antipatías ideológicas que de un estudio riguroso y contrastado.

En sus contradicciones, carencias e injerencias políticas, los Milicianos de la Cultura son, tal y como nos lo presenta el autor, como un espejo de la realidad de la guerra civil en el escenario de uno de los contendientes. El papel hegemónico que en la vida cultural jugó el Partido Comunista contribuyó a unificar y dar sentido a una variada y compleja red de aparatos educativos, sin por ello conseguir erradicar la pluralidad de enfoques que desde otras instancias —socialistas, libertarias, republicanas— se prodigaron en aquellos años y desde la que en no pocas ocasiones se entorpeció o se juzgó negativamente la labor de los comunistas. Los Milicianos de la Cultura acusaron en su funcionamiento esta situación, reflejando en cierto modo las luchas habidas

por conquistar la hegemonía cultural y, por ende, la hegemonía ideológico-política. Y fue así porque nada, ni siquiera las campañas de alfabetización, a las que con tanto celo se dedicaron estos misioneros y militantes de la cultura proletaria, fue ajeno a la propaganda política, el adoctrinamiento partidista, como ponen de manifiesto los propios textos utilizados en aquellas campañas. La herencia humanista, gineriana, no desapareció del todo —se reverenciaba la cultura y el acceso a la misma se consideró el primer y fundamental derecho de toda persona, base de la liberación individual y social—, presentando así un nexo evidente con otras experiencias republicanas anteriores, pero muchas veces quedaría anegada u oscurecida por la prevalente orientación política, explicable, por lo demás, en un contexto de guerra contra el fascismo y de radicalización de las posiciones ideológicas, donde la adhesión inquebrantable a las posiciones propias y la enemiga a las ajenas se entendía como salvoconducto imprescindible para alcanzar el éxito en cualquier acción emprendida. De ahí que la actuación de los Milicianos de la Cultura presente en su debe la puja por su dirección, cierto nivel de división interna que, sin duda, contribuyó a hacer menos eficaz su labor, y un exceso de politicismo que provocaría no pocas resistencias a su papel y presencia. Ello no empece, como afirma Christopher Cobb, el reconocimiento a una tarea, singularmente en el ámbito de la alfabetización y extensión educativa, que permitió a no pocos hombres tomar conciencia del valor de la cultura y con él del de la dignidad humana.

Otros aspectos desarrollados en este trabajo hacen referencia al papel jugado por los responsables del Ministerio de Instrucción Pública, los comunistas Wenceslao Roces y César García Lombardía, especialmente, la infraestructura dispuesta y los materiales educativos utilizados, la significación de los periódicos murales, la prensa militar o las bibliotecas y la actuación de los libertarios y sus relaciones con los Milicia-

nos de la Cultura. Hay, además, un interesante apéndice documental y una relación bibliográfica que completan lo que es, sin duda, un concienzudo, documentado y bien escrito estudio sobre uno de los fenómenos más característicos y emblemáticos de la cultura republicana durante la etapa de la guerra civil.

Francisco de Luis Martín

**CHAVES PALACIOS, Julián.**

*La represión en la provincia de Cáceres durante la Guerra Civil (1936-1939).*

Cáceres, Universidad de Extremadura, 1995.

Hasta hace muy poco tiempo la historiografía sobre la Guerra Civil no había conseguido zafarse aún de una clara intencionalidad de instrumentalización política y de una más que evidente y empobrecedora carga polémica que, ligada al conflicto y a sus múltiples y duraderas consecuencias, se movía siempre dentro de pretendidos afanes culpatorios o exculpatorios, blandiendo cifras y situaciones como arma arrojadiza. Estos relatos “militantes”, claramente reductores y no pocas veces simplemente maniqueos y deformantes de una realidad compleja, estuvieron presentes no sólo en la historiografía oficial, sino que afectaron también a la historiografía “frentepopulista”. Todo ello estuvo acompañado de un sin número de dificultades materiales e institucionales que virtualmente impidieron abordar con objetividad la historia de la guerra hasta la muerte del general Franco. Hoy las cosas han cambiado radicalmente. Tras los avisos de navegantes realizados por especialistas como Reig Tapia o Julio Aróstegui y tras las oportunas y no tan oportunas celebraciones de aniversarios, esa historia está siendo llevada a cabo “sine ira et studio” por una joven generación de historiadores a la que pertenece el autor del libro que reseñamos. Porque Julián Chaves

tiene tras de sí una larga y fructífera trayectoria investigadora sobre el conflicto "incivil" que desgarró al país, centrada en la provincia de Cáceres, lo que le ha permitido, como es propio de la buena monografía local, depurar datos, cifras, circunstancias y realidades, pero también trascender ese ámbito a través de análisis y valoraciones de validez general para la historia del conflicto.

Las fuentes sobre las que se apoya este estudio de la represión son ciertamente amplísimas, yendo desde la documentación oficial —expedientes carcelarios, material proveniente de los consejos de guerra, etc.— hasta la estrictamente privada, completadas con un manejo amplio y depurado de la prensa y del testimonio oral. El resultado es un complejo análisis tanto de la actuación republicana como, sobre todo y por obvias razones, de la de sus enemigos políticos. Análisis donde se abordan los dos tipos de actuación represiva: la formalmente regulada —los consejos de guerra— y la informal —los paseos—. Ambas, como muy bien señala el autor, presentaron un carácter que podríamos definir como institucional, es decir, tutelado y amparado en su desarrollo y en su impunidad por las instancias políticas oficiales. Se pasa revista así a la actuación de la justicia militar y a la planificación de exterminio que supusieron los paseos, dotadas una y otros de una extraordinaria virtualidad política cuyo objetivo era no sólo la muerte sino también el amedrentamiento de la población, condenada de esta manera a un miedo aberrante y paralizador. Pero más allá de situaciones personales y de propósitos particulares, Chaves Palacios consigue tipificar las características generales de las actuaciones represivas, señalando sus diferentes mecanismos, la dispar autoría de las mismas y la distinta repercusión sobre la población en general y los distintos grupos y personas que las padecieron.

No termina aquí, con ser bastante, el esfuerzo investigador del autor, porque otras modalidades represivas, como la cár-

cel, las depuraciones o la condena al silencio y el desarraigo —el exilio interior—, son también diseccionadas. Todo ello hace de este libro, como sostiene Fernando Sánchez Marroyo en un muy interesante prólogo al mismo, un magnífico exponente de ilustración histórica para el conocimiento de la represión durante la Guerra Civil.

Francisco de Luis Martín

**BLANCO, Juan Andrés; RIESCO, Sergio y RUIZ, María del Rosario.**

*La Guerra Civil Española, 1936-1939. Bibliografías de Historia de España n.º 7*, 2 vols., Madrid, CSIC-CINDOC, 1996.

En medio de la avalancha de comentarios, glosas, "críticas", reportajes, documentales, películas y programas varios con que los medios de información nos han inundado desde el mes de julio a propósito del sexagenario del comienzo de la guerra civil, ha resultado difícil distinguir —como dijera Antonio Machado— "las voces de los ecos" y, éstos, naturalmente, han difuminado aquéllas.

Se ha producido, en medio del silencio general, un auténtico acontecimiento cultural (por más que se trate, fundamentalmente, de una obra de especialistas para especialistas), que rompe definitivamente con la dependencia del exterior o, por mejor decir, pone claramente de manifiesto la mayoría de edad alcanzada por la historiografía española sobre la Guerra Civil respecto a sus homólogas extranjeras. Gracias a la producción de muy notables hispanistas extranjeros, que abrieron en los primeros sesenta el camino que aquí, por razones obvias, estaba vedado, comenzó a construirse una ciencia historiográfica sobre la Guerra Civil española de cuyos frutos da cumplida muestra la obra que reseñamos. Se trata de un acontecimiento que no dudo en calificar de esperanzador y que merece la pena ser resaltado: la aparición de la

bibliografía más completa y rigurosa jamás publicada hasta la fecha.

Una de las primeras bibliografías sobre la cuestión, aparecida todavía en vida de Franco, y paradójicamente producto de sus servicios propagandísticos en materia historiográfica que la anunciaron como un auténtico acontecimiento “científico”, era de una endeblez superlativa (Véase, Herbert R. Southworth “Los bibliófobos: Ricardo de La Cierva y sus colaboradores” *Cuadernos del Ruedo Ibérico*, núms. 28-29. París. Diciembre-Marzo, 1971, pp. 19-45). A la vista ahora de la patrocinada por el CINDOC, queda reducida a una auténtica pieza museística de escaso valor, no por la información que proporciona, sino porque mucha de ella no es fiable por no haberse acometido la obra con el rigor y la profesionalidad con que ahora se ha acometido ésta.

Cuando son tantas las razones diarias que el espectáculo nacional nos brinda para pensar que seguimos sumidos en la España picaresca y chapucera, la contemplación de la obra seria y rigurosa, metódica y analítica... científica, en definitiva, más hija de la constancia y el sacrificio callado y ejemplar que de la habitual improvisación y desmedida imaginación que algunos patriotas sistemáticamente nos otorgan, nos llena, nos colma de satisfacción, y nos hace pensar que, poco a poco, vamos recuperando el aterrador desfase a que la experiencia de la propia guerra y el franquismo que siguió, nos sometió durante 40 interminables años respecto a nuestros vecinos europeos no sólo política sino científica y culturalmente.

Los dos volúmenes que comentamos recogen “prácticamente todas” (cláusula de salvaguardia intelectual) las publicaciones periódicas, libros y actas de congresos publicados entre 1975 y 1995 sobre la Guerra Civil española de 1936-1939, ya definitiva categoría historiográfica. La Guerra española (por antonomasia) “está ya —como ha dicho Juan Marichal— en la historia universal”, y la presente obra hija del esfuerzo colectivo de muy diversas personas e insti-

tuciones es buena prueba de ello. Hay que mencionar en primer lugar a Julio Aróstegui, impulsor constante y asesor del proyecto y, muy especialmente, a Juan Andrés Blanco, autor del espléndido artículo “Veinte años de historiografía de la Guerra Civil española, 1975-1995. Estudio historiográfico” (vol. I, pp. 1-77), cuyo lejano origen se debe a una “cata” bibliográfica conjunta con Aróstegui presentada en el X Coloquio de Historia Contemporánea dedicado a la “Historiografía contemporánea de España, 1980-1992”, bajo el patrocinio de la UIMP y la dirección del profesor Manuel Tuñón de Lara, celebrado en Cuenca del 13 al 15 de mayo de 1993. Hay que destacar también el trabajo de Sergio Riesco Roche “La producción histórica sobre la Guerra Civil. Un análisis bibliométrico, (1975-1995)”, dedicado a las monografías y actas de congresos (vol. I, pp. 79-88) y el equivalente de María del Rosario Ruiz Franco dedicado a las revistas (vol. II, pp. 371-386).

Una obra de esta envergadura sólo es posible con el esfuerzo conjunto de muchas personas e instituciones imposible de citarlas todas aquí (la base de datos ARIADNA de la Biblioteca Nacional, las aportaciones del Centro de Coordinación de Bibliotecas del CSIC, etc.), pero resultaría imperdonable no dejar aquí constancia, constancia interesada por el impagable “regalo” que a todos los estudiosos del “acontecimiento central de nuestra historia en el siglo XX”, como señala el propio Aróstegui en la presentación, del importante trabajo de coordinación de la serie acometido por María Cruz Rubio Liniers, responsable del Departamento de Ciencias Humanas del CINDOC. Por lo demás destacar que tanto Juan Andrés Blanco, como Sergio Riesco y María Rosario Ruiz Franco, autores materiales de la obra y afanosos “buscadores” (por cielo, tierra y mar) de los datos bibliográficos y su inserción informática, han contado con Clara Giner Durán, José Manuel Pérez Rodríguez y Gregorio de Vicente Bobadilla para la informatización de la serie.

Únicamente cabe señalar el siguiente reparo a esta obra notable destinada a convertirse en obra de referencia indispensable. Dado que la dirigida por Ricardo de La Cierva (*Bibliografía sobre la guerra de España (1936-1939) y sus antecedentes. Fuentes para la Historia Contemporánea de España*. Ministerio de Información y Turismo/Eds. Ariel. Madrid/Barcelona, 1968), sólo alcanza hasta su fecha de publicación y la que comentamos arranca de 1975, nos encontramos con una laguna bibliográfica entre los años 1968-1975 que, con un “poquito” de esfuerzo complementario bien podría haberse suplido ahora. Lo de “poquito”, se entiende que es una manera ligera de hablar pues, la que comentamos incluye todas las revistas y la de La Cierva, no, con lo que el ligero esfuerzo se convertiría en arduo pero, no por ello dejamos de apelar a que otros esforzados argonautas (por qué no el mismo equipo con la ayuda y el patrocinio exigibles) se muestren dispuestos a corregir los errores de la de La Cierva y a complementar la laguna cronológica señalada. Todos se lo agradeceríamos “definitivamente”.

Alberto Reig Tapia

### **GARMENDIA, José María.**

*Historia de ETA.*

San Sebastián, Haranburu Editor, 1996.

José María Garmendia, profesor de Historia Contemporánea de la Universidad del País Vasco, ha centrado sus investigaciones en tres campos de estudio fundamentalmente: el análisis de la Guerra Civil en Vascongadas, las fuerzas de oposición al franquismo y las diferentes organizaciones y grupos políticos en que se articulan y, más recientemente, el papel que las nuevas ideologías han jugado en la modernización de la sociedad vasca. Entre sus obras cabe destacar *Ideologiak eta mugimendu politikoak Bergaran*, *La guerra civil en el País*

*Vasco y La posguerra en el País Vasco, política, acumulación y miseria*, estas dos últimas en colaboración con Manuel González Portilla.

El trabajo que ahora comentamos es una reedición tal cual de su *Historia de ETA*, publicada en 1978, pero ahora aligerada de los apéndices documentales que incluía la primera edición. Precedida de un excelente prólogo de Antonio Elorza, donde se aborda el origen histórico de la violencia en el País Vasco y las formas estructurales y fundacionales que esa violencia reviste en el fenómeno del nacionalismo vasco, Garmendia establece las principales claves de la evolución ideológica y política de ETA, abriendo en su momento una línea de investigación que, a pesar de las dificultades para su desarrollo y del hándicap que supone la presencia de la organización terrorista en el presente, ha sido continuada y con fértiles resultados por otros historiadores como Gurutz Jáuregui, Letamendía, Ibarra, J. Aranzadi, P. Unzueta o J. Juaristi.

Sus aportaciones, aparte del valor historiográfico que supuso iniciar este tipo de análisis, se inscriben sobre todo en la comprensión compleja y multicausal de un fenómeno que sigue pesando, como losa granítica, sobre el escenario vasco y del conjunto del país. El autor analiza pormenorizadamente sus orígenes desde la perspectiva de la confluencia y las relaciones con diversas corrientes ideológicas en el marco de la oposición al régimen de Franco en el contexto de los años sesenta y de las profundas transformaciones que en ese momento conoce Euskadi. Especialmente interesante resulta el estudio de los contactos con otros grupos políticos y sindicales y el proceso de decantación ideológica que llevó finalmente a elaborar una estrategia de contestación armada al franquismo y de rechazo frontal a otras fórmulas arbitradas hasta entonces como oposición al mismo. En este sentido, destaca la ruptura con el Partido Nacionalista Vasco, las críticas al nacionalismo “burgués” y la asunción de un

conglomerado ideológico revolucionario de base obrera. Siguiendo los avatares que deparan las Asambleas celebradas por la nueva organización, Garmendia repara en las luchas internas que “esmaltaron” el “proceso constituyente” y de “maduración” orgánica de ETA y que darían lugar enseguida a sucesivas disidencias y escisiones hasta la división formal en 1974 en dos ramas que evolucionarían, como es sabido, de forma muy diferente: la rama político-militar y la rama militar.

El relato finaliza justamente en ese momento. Como muy bien señala el autor, a partir de entonces —aunque con antecedentes que también se analizan aquí— la organización se instala definitivamente en el militarismo, anulando las posibilidades y los caminos abiertos en la década de los años sesenta e incluso de los primeros setenta. A partir de esa realidad, da comienzo una nueva etapa en la historia de ETA que Garmendia ha renunciado a continuar porque, aparte apetencias personales, desde ese instante “las armas han robado el protagonismo de las ideas. Sólo quedan los muertos” (pág. 42).

Un libro, en definitiva, que nos desvela aspectos nucleares del nacimiento, desarrollo y consolidación de ETA, que establece las oportunas conexiones con el contexto vasco, español e internacional y que permite, en suma, obtener una información cabal de su significado y actuación hasta la mitad de los años setenta. Lo que vino después es, ciertamente, otra historia.

Francisco de Luis Martín.

**PÉREZ DÍAZ, Víctor.**

*España puesta a prueba 1976-1996.*  
Madrid, Alianza, 1996.

Si la Transición y la España democrática deben mucho a notables políticos y a incansables luchadores por la libertad, no debe desconocer, sin embargo, la aportación de otros españoles. Batallador insisten-

te por la democratización de los entresijos de la sociedad española, Víctor Pérez Díaz no cesa —desde aquel ya lejano día en que nos sorprendió con *El retorno de la sociedad civil*— en diseccionar, con su lucidez y apoyado en la teoría de la sociedad civil, el proceso español en su camino hacia una democratización no sólo política, sino social, arraigada en los hábitos, estructuras, tradiciones, comportamientos y sociabilidad de los españoles.

Volvió a arrojar un chorro de luz sobre “el proceso de formación de la España democrática” en *La primacía de la sociedad civil* (1993) y, cuando el país se ha mirado en el espejo de sus propias lacras y de sus posibilidades —en la medida que la campaña electoral dejó aún espacio para la reflexión y para el debate—, de nuevo la mirada certera de este sociólogo que detecta una *España, puesta a prueba*. El título, que no oculta un enjuiciamiento severo, nos introduce en un análisis crítico sobre la evolución de la democracia española, sus límites, “su crisis dramática” y sus posibilidades. Obra que vio la luz en la editorial Complexe, antes de su versión española, enriquecida ésta con un último capítulo: una reflexión tras las elecciones de 1996, pues, el propio autor explica “me ha parecido que el lector español requería el esfuerzo adicional de aportar mi reflexión sobre la situación creada después de las elecciones, y los problemas, muy de fondo, que han quedado puestos sobre el tapete” (p. 12). Fiel a su trayectoria, Pérez-Díaz recuerda, de entrada, las bases de la teoría de la sociedad civil (pp. 15 y 20) sobre las que discurre su análisis posterior.

Tres épocas claves concentran la atención. Los años finales del franquismo y la transición —más ampliamente diseccionados en el libro citado de 1993— dejan paso a la década de los ochenta y primeros noventa calificados como un “desorden de baja intensidad”.

Destacamos de estos dos primeros capítulos —entre otras lúcidas aportaciones— la reflexión que analiza cómo la generación

de 1956-1968, una vez instalada en el poder, ha podido pasar de la lucha y la utopía a la corrupción y a la idolatría del poder y del dinero. Algunas intuiciones que habrán sido esbozadas en conversaciones de café, encuentran respuesta con una clara exposición y un razonamiento ajustado (pp. 73 y ss.) Explicación que no parece limitarse sólo al interior de nuestras fronteras. Analizando esta perspectiva y las tesis del libro que comentamos con un grupo de profesores franceses (una treintena), éstos encontraban aplicable a los gobernantes del país vecino las tesis argumentadas para el caso español. Podría presumirse que la explicación generacional propuesta por Víctor Pérez-Díaz traspasa las fronteras nacionales, en este caso.

El grueso del libro se concentra en “los años críticos” (1993-1996), donde pasa revista a las coyunturas y a los problemas más candentes y mediáticos —el caso Gal— sin descuidar otros de larga duración y amplio espectro en la sociedad española, como es “el drama del paro español” (p. 137), pie-

dra de toque y muro ante el que se estrellan las más brillantes políticas, pues son incapaces de utilizar “el capital humano del país” (p. 15).

A dibujar el rostro y desentrañar las cuestiones de fondo *puestas de relieve* por las elecciones de 1996 dedica el autor su último capítulo. La inmediatez cronológica no impide una penetrante formulación, especialmente de toda la problemática en torno a las diferentes combinaciones de los nacionalismos peninsulares y a sus condiciones de convivencia.

Pero si hemos destacado, en parte, la problemática analizada, no todo es visión pesimista en la obra. En el epílogo, el autor vuelve por sus fueros y reclama, de nuevo, el protagonismo de la sociedad civil y “la hora de los ciudadanos”. Recapitulando sobre el futuro y su tarea recuerda: “Todo esto es algo que tiene que crecer (y que sólo *puede* crecer) desde *dentro* de la sociedad (p. 211).

Josefina Cuesta